

EL ÍCONO DE PASCUA: LA MUERTE NO EXISTE MÁS

A diferencia de las pinturas occidentales en general, el ícono tradicional oriental de la resurrección no representa la resurrección de Cristo en sí misma. Al igual que los Evangelios, que silencian el momento de la resurrección y no indican la manera en la que Cristo resucitó, el iconógrafo oriental acepta el carácter misterioso y enigmático del acontecimiento y la imposibilidad de representarlo. De hecho, la tradición oriental no está interesada en el aspecto físico de la resurrección, porque quien cree únicamente en el acontecimiento histórico no comprende el significado completo que el misterio tiene para la humanidad.

Para los cristianos ortodoxos orientales y católicos orientales, el verdadero significado de la resurrección de Cristo es la Pascua o Pascua de la muerte a la vida. San Juan Crisóstomo subraya este punto en su famosa homilía pascual, aún leída en las iglesias bizantinas antes de la liturgia pascual:

«Oh Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh demonios, ¿dónde está su victoria? Cristo ha resucitado y vosotros sois derrocados. Cristo resucitó y los demonios son derribados. Cristo ha resucitado y los ángeles se regocijan. Cristo ha resucitado y la vida es liberada. Cristo ha resucitado y el sepulcro ha sido vaciado de los muertos; porque Cristo, resucitado de entre los muertos, ha vencido a la Muerte y se ha convertido en el Líder y Resucitador de los que se han quedado dormidos».

La resurrección de Cristo contradice todo lo que sabemos, vemos o sentimos. Nos enseña que la muerte ya no existe y que ahora somos «Hijos de la Resurrección», como se llamaban a sí mismos los primeros cristianos en Medio Oriente. Porque incluso los muertos en las tumbas ya no están bajo el poder de la Muerte, sino que ya tienen dentro de sí la semilla de la nueva vida. Celebramos la Pascua de Cristo, de la muerte a la vida, como Su pueblo, Su comunidad, Sus herederos.

Por eso, la resurrección de Cristo nunca se considera un acontecimiento aislado, sino sólo en relación con la transformación que produce en nuestra mortalidad: Cristo resucitado es el principio de nuestra incorruptibilidad y deificación.

EL TORMENTOSO INFIERNO

El ícono de la resurrección, por lo tanto, no representa el momento en que Cristo resucita, sino cuando desciende al infierno. La representación pictórica muestra en un primer plano las formaciones rocosas y el negro abismo de las profundidades de la tierra. La figura del Señor resucitado domina el infierno. Su escala es mayor al de las otras figuras y Su postura indica vida, movimiento y acción. Viste de blanco y está rodeado de una mandorla de luz con tonos azules y cubierta de estrellas. La figura de Cristo corta la oscuridad del infierno con su simple presencia. Debajo de Él, en el abismo, aparecen cadenas, candados y llaves rotos y, algunas veces, hasta las rejas del infierno, anunciando que, a partir de este momento, se ha destruido por completo el poder de la Muerte sobre la humanidad. Sin embargo, en medio de la gloria y la victoria, las heridas de la pasión son clara-

mente visibles en las manos y los pies del Salvador: como siempre, Cristo conduce a la gloria a través del sufrimiento, el dolor y la autolmolación.

El mensaje central del ícono lo componen Adán y Eva que resucitan y dejan atrás sus tumbas, prisión y muerte. Lánguidos e inertes, contrastan con la vitalidad de Cristo, la Vida misma, que los atrae a Sí mismo, hacia el resplandor de la nueva vida y la luz de la incorrupción que ha de ser ahora de ellos.

Así como Adán y Eva, primogénitos de la raza humana, son resucitados, todos nosotros, sus descendientes, vivimos con ellos Su amor ilimitado y celebramos la aniquilación de la Muerte, la destrucción del infierno y el comienzo de una nueva vida que es eterna. Como lo expresó el gran teólogo, San Juan de Damasco: «Cuando liberó a los que habían estado atados desde el principio de los tiempos, Cristo volvió de entre los muertos, abriendo el camino de la resurrección para todos».

Los Justos de la Antigua Ley, que guardaron la esperanza de este día, son parte a este maravilloso momento de la resurrección de la humanidad, representado por la ascensión de Adán y Eva. Destacan de manera especial de entre los patriarcas, profetas y hombres santos, David el Rey (con corona real) acompañado por San Juan (Bautista y Precursor) cuya mano atraviesa la mandorla de luz, señalando por siempre a Aquel que es la luz y la salvación de toda la humanidad.

Lejos de ser un intento por representar un momento histórico, el ícono oriental de la resurrección es una profunda meditación sobre el profundo significado teológico de la Pascua. La Pascua es en verdad para nosotros la Liberación (Pascha), porque Cristo a través de Su pasión y resurrección nos rescató de la

maldición de Adán y de la esclavitud de Satanás y nos reestableció como pueblo de Dios. «Hoy es el día de la resurrección: Oh naciones, estén jubilosos; porque esta Pascua es la Pascua del Señor, en que Cristo nos ha hecho pasar de la muerte a la vida y de la tierra al cielo: nosotros que le cantamos alabanza triunfante». (Primera Oda del Canon Oriental).

Comprendiendo este gran misterio de misterios y fiesta de fiestas, glorifiquemos todos su resurrección del tercer día: «Cristo ha resucitado de entre los muertos y por su muerte ha pisoteado la muerte y ha dado vida a los que estaban en el sepulcro». (Troparion de Pascha).

Hoy Hades con lágrimas suspira: «No debí haber recibido a Aquel que nació de María porque vino a mi y destruyó mi poder. Rompió mis puertas de bronce y, siendo Dios, liberó a los que había tenido cautivos». Gloria a Tu cruz y resurrección, Señor!

Hoy Hades con lágrimas suspira: « Mi poder se ha desvanecido! Recibí a Uno que murió como los mortales mueren, pero no pude retenerlo. Con Él y a través de Él perdí a aquellos sobre los que había gobernado. Yo tenía el control de los muertos desde el comienzo del mundo, y he aquí, Él los levanta a todos con Él». Gloria a Tu cruz y resurrección, Señor!

Hoy Hades con lágrimas suspira: «Mi poder se ha derrumbado, porque el Pastor que fue crucificado ha levantado a Adán, y los que yo había poseído, perdí. A los que yo había tragado con mi fuerza, he renunciado por completo; porque el Crucificado ha vaciado los sepulcros, y el poder de la muerte ha desaparecido. Por tanto, gloria a Tu cruz y resurrección, Señor!

(Vísperas Stichera, Gran Sábado)

EL ÍCONO DE PASCUA: LA MUERTE YA NO EXISTE MÁS



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Iconografía © Convento de Santa Isabel con
la Gran Duquesa de Rusia
<http://www.conventofsaintelizabeth.org/>